

crito se contaba el Arzobispo Sancroft, el cual los leyó lleno de emoción, permaneciendo luego en silencio. Aquel silencio era tan sólo el natural efecto de la lucha entre el respeto y el despecho. Pero Jacobo, suponiendo que el Primado había enmudecido á efecto de la irresistible fuerza de las razones expuestas en el manuscrito, le desafiaba con entusiasmo á que produjese, con ayuda de todos los Obispos que se sentaban en la Cámara, respuesta satisfactoria á los argumentos de su hermano. «*Dadme una sólida respuesta y como conviene á un caballero, y tal vez produzca el efecto que tanto deseais de hacerme abrazar las doctrinas de vuestra Iglesia.*» El Arzobispo respondió con dulzura que tal respuesta sin gran dificultad podría escribirse, por más que renunciaba á la controversia por respeto á la memoria de su difunto amo. Consideró el Rey tal homenaje como un subterfugio del vencido Arzobispo (1); mas si hubiera conocido bien las polémicas que habían agitado el país en los ciento cincuenta años anteriores, debería saber que los documentos á que daba tanta importancia podían muy bien haber sido compuestos por cualquier mancebo de quince años en el colegio de Douay; y que no contenían nada que, en opinión de todos los teólogos protestantes, no hubiera sido refutado ya diez mil veces. En su ignorante entusiasmo mandó imprimir el manuscrito con toda la pompa del lujo tipográfico, agregando, á manera de apéndice, una declaración firmada, en que certificaba que el original era de puño y letra de su hermano. El mismo Jacobo distribuyó toda la edición entre sus cortesanos y el pueblo que se apiñaba en torno de su coche. Dió un ejemplar á una joven de clase humilde, á quien suponía correligionaria suya, asegurándole que aquella

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 9, *Memorias originales*.

lectura la edificaría y consolaría en gran manera. En pago de su bondad, ella le entregó algunos días después una epístola, conjurándole á salir de la mística Babilonia y apartar de sus labios la copa de la impureza (1).

XXIV.

OPINIÓN DE LOS CATÓLICOS DE MÁS CUENTA.

Grandemente inquietaban estos sucesos á los toríes partidarios de la Iglesia anglicana; y no estaban mucho más complacidos los nobles católicos de más cuenta. Pudiera ciertamente excusárseles si en aquella ocasión la pasión les hubiera hecho sordos á la voz de la prudencia y la justicia, porque habían sufrido mucho. El odio de los protestantes habíales hecho descender ignominiosamente del rango en que habían nacido, había cerrado las puertas del Parlamento á los descendientes de Barones que habían firmado la Magna Carta; había calificado de confianza excesiva entregar el mando de una compañía de infantes á los descendientes de los generales que habían vencido en Flodden y San Quintín. Apenas había un solo Par de cuantos profesaban la antigua fe, cuyo honor, cuya hacienda, cuya vida no hubieran estado en peligro, que no hubiera pasado algunos meses en la Torre y no hubiera temido sufrir la misma suerte de Stafford.

(1) Leeuwen, enero 1 (11) y 12 (22), 1688.—Aunque muy larga y muy absurda, su carta mereció ser enviada á los Estados Generales como signo característico del tiempo.

A los que tanto tiempo y con tanta crueldad se había hecho sufrir todo linaje de vejaciones y atropellos, muy bien podía excusárseles si ávidamente aprovechaban la primera oportunidad de obtener, al mismo tiempo que la perdida grandeza, venganza de sus opresores. Pero ni el fanatismo, ni la ambición, ni el resentimiento de pasadas injurias, ni la embriaguez producida por la inesperada fortuna fueron parte á impedir que los más eminentes católicos no advirtiesen que la prosperidad que al fin disfrutaban era sólo transitoria, y que, de no usarla con gran discreción, podría serles fatal. Hábiales enseñado cruel experiencia que la antipatía del país á su religión no era pasajero capricho que desaparecería ante el mandato de un príncipe, sino sentimiento arraigado y profundo que había crecido con cinco generaciones, se había extendido á todas las clases y á todos los partidos, y estaba unido no menos estrechamente á los principios políticos de los toríes que á los de los whigs. Cierto que á la regia prerrogativa competía suspender los efectos de las leyes penales, y aun podría después el Monarca con hábil tacto obtener del Parlamento la revocación de las leyes que imponían incapacidad civil á los que profesaban su religión. Pero si intentaba humillar los sentimientos protestantes de Inglaterra, fácil era prever que la consecuencia de oprimir violentamente resorte tan elástico y poderoso sería una sacudida no menos violenta.

Los pares católicos, por intentar prematuramente llegar al Consejo privado y á la Cámara de los Lores, se exponían á perder sus palacios y sus extensas posesiones, y aun á terminar la vida como traidores en Tower Hill, ó como mendigos á la puerta de los conventos de Italia.

Tal era la opinión de Guillermo Herbert, conde

de Powis, el cual era generalmente mirado como jefe de la aristocracia católica, y el cual, según Oates, debía ser primer Ministro si la conjuración papista hubiera conseguido su objeto. A este parecer se inclinaba también lord Bellasyse, que en su juventud había peleado valerosamente por Carlos I, recibiendo en premio de su conducta, cuando la Restauración, honores y mandos importantes, que había tenido que abandonar al aprobarse la ley del *Test*. Seguían la opinión de tan distinguidos jefes todos los más nobles y más opulentos miembros de su Iglesia, á excepción de lord Arundell de Wardour, anciano á quien los años hacían volver nuevamente á la infancia.

XXV.

CÁBALA DE LOS MÁS EXALTADOS CATÓLICOS.
CASTELMAINE, JERMYN, WHITE.

Pero había en la Corte un pequeño grupo de católicos, cuyo corazón había sido ulcerado por antiguas injurias, cuyas cabezas trastornara la elevación reciente y que con impaciencia deseaban escalar los más altos puestos del Estado, pues, teniendo poco que perder, no les inquietaba la idea de lo que pudiera venir detrás. Era uno de estos Rogerio Palmer, conde de Castelmaine, en Irlanda, casado con la Duquesa de Cleveland. Era notorio que su título había sido comprado á costa de su honor y del de su esposa; no tenía gran fortuna, y su carácter, naturalmente irritable, habíase exasperado aún más por sus desgracias domésticas, por la pública censura y por lo que había tenido que sufrir en tiempo de la conjuración

papista. Por largo tiempo había estado en prisión, siendo, al fin, sometida su causa al tribunal; mas, felizmente para él, cuando hubo de presentarse en la barra había pasado el primer arrebató de la furia popular, y nadie daba crédito á las declaraciones de los testigos falsos. Logró, pues, escapar, si bien con gran dificultad (1). Estaba unido á Castelmaine uno de los más favorecidos entre los cien amantes de su esposa, y éste era Enrique Jermyn, á quien Jacobo últimamente había hecho Par con el título de lord Dover. Habíase distinguido Jermyn más de veinte años antes por sus ilícitos amores y sus duelos temerarios. A la sazón estaba arruinado por el juego, y deseaba reparar su pérdida fortuna en empleos lucrativos, de que estaba excluído por las leyes (2). Pertenecía también al mismo partido un irlandés intransigente y vividor llamado White, el cual había pasado mucho tiempo en el extranjero, sirviendo á la casa de Austria como una especie de agente diplomático y espía, servicios que le valieron al fin el título de Marqués de Albeville (3).

XXVI.

EL CONDE DE TYRCONNEL.

Poco después de la suspensión de las sesiones del Parlamento, vino á añadirse á esta insignificante fracción un importante refuerzo. Ricardo Talbot, con-

(1) Véase su proceso en la *Colección de causas de Estado*, y su curioso manifesto impreso en 1631.

(2) *M.moires de Grammont; Diario de Pepys*, agosto 19, 1662. Bonrepaux á Seignelay, 1 (11) feb. 1636.

(3) Bonrepaux á Seignelay, feb. 1 (11), 1636.

de de Tyrconnel, el más orgulloso y fanático de cuantos odiaban la libertad y la religión de Inglaterra, llegó á la corte procedente de Dublín. Descendía Talbot de una antigua familia normanda, que por mucho tiempo había vivido en Leinster, donde había venido á menos, adoptando las costumbres de los Celtas, y, como ellos, adhiriéndose á la antigua religión y peleando á su lado en la rebelión de 1641. En su juventud habíase hecho famoso entre los estafadores y espadachines de Londres. Fuera presentado á Carlos y á Jacobo, cuando estaban desterrados en Flandes, como hombre á propósito y dispuesto al infame servicio de asesinar al Protector. Poco después de la restauración, trató Talbot de alcanzar el favor de la Real familia por medio de un servicio aun más infame. Se necesitaba una prueba para que el Duque de York pudiese justificar la falta de cumplimiento á aquella promesa de matrimonio que le valiera alcanzar de Ana Hyde la última prueba de amor que puede dar una mujer. Talbot, de concierto con algunos de sus disolutos compañeros, se propuso presentar aquella prueba. Convinieron en presentar á la infeliz dama como una mujer sin virtud, vergüenza ni delicadeza, é inventaron multitud de cuentos en que se referían entrevistas amorosas y secretos favores. Talbot, especialmente, relataba que en una de sus secretas entrevistas había tenido la poca suerte de volcar el tintero del Canciller sobre un montón de papeles, y la habilidad con que ella había evitado toda sospecha, echando la culpa del incidente al mono que tenía en su habitación. Estos cuentos, que á ser ciertos no los hubiera referido sino el hombre más bajo de toda la humanidad, eran pura invención, y el mismo Talbot se vió obligado á declararlo bien pronto así, y lo hizo sin que el rubor le asomase

al rostro. La injuriada dama llegó á ser Duquesa de York, y á ser su marido realmente hombre de honor, debiera haber arrojado de su presencia con indignación y desprecio los miserables que intentaron deshonrarla. Pero una de las particularidades de Jacobo era que ningún acto, por muy infame y vergonzoso, con tal de haberlo hecho para ganar su favor, le parecía digno de censura. Talbot continuó frecuentando la Corte, presentándose diariamente con impúdica frente á la Princesa cuya ruina había intentado, consiguiendo alcanzar el lucrativo puesto de principal tercero de su marido. No pasó mucho tiempo sin que toda la Corte oyese con estupor la noticia de que Dick Talbot, como se le llamaba comunemente, había trazado un plan para asesinar al Duque de Ormond. El *bravo* fué enviado á la Torre, pero á los pocos días nuevamente se paseaba por las galerías de palacio con su aire de matón, y llevaba y traía billetes de su amo á las más feas damas de honor. En vano los ancianos, y discretos consejeros imploraban de los regios hermanos no tolerar por más tiempo á aquel infame, á quien nada recomendaba como no fuese la gallardía de su persona y su elegancia en el vestir. Talbot no sólo era bien recibido en palacio cuando se vaciaban las botellas ó corrían los dados, sino que era oído con atención en asuntos de importancia. Se las echaba de patriota irlandés, y defendía con gran audacia, y á veces con éxito, la causa de sus compatriotas, cuyas haciendas habían sido confiscadas. No por eso descuidaba el hacerse pagar bien sus servicios, y consiguió adquirir, ya por la venta de su influencia, ya con el juego, ya con mil trapacerías, una renta de tres mil libras al año. Pues con la apariencia de disipación, imprevisión, esplendidez y excéntrico desca- ro, era realmente uno de los hombres más interesados

y hábiles que se conocían. No era ya joven, y expiaba con penosos sufrimientos la vida disoluta que había llevado en la juventud; pero ni la edad ni las enfermedades habían alterado esencialmente su carácter ni sus costumbres. Lo mismo que antes, siempre que abría la boca era para murmurar, maldecir y jurar con tan frenética violencia, que aun el más superficial observador le clasificaba desde luego entre los libertinos de peor ralea. Nadie podía concebir que hombre que, aun estando sereno, era más iracundo y fanfarrón que muchos borrachos, y que parecía completamente incapaz de disfrazar la más leve emoción ó guardar el más insignificante secreto, pudiese realmente conservar la serenidad, perspicacia é ingenio que caracterizan al vividor de talento. Y sin embargo, así sucedía con Talbot. Ciertamente su hipocresía era de clase muy superior y mucho más rara que la que había florecido cuando el Parlamento de Barebone. Porque el hipócrita consumado no es el que oculta el vicio, bajo la apariencia de la virtud, sino el que finge un vicio de que no le importa hacer alarde, sirviéndose de él para encubrir otro más infame y lucrativo, el cual, por tanto, le interesa ocultar.

Talbot, elevado por Jacobo al condado de Tyrconnel, había tenido el mando de las tropas en Irlanda durante los nueve meses trascurridos desde la muerte de Carlos hasta que Clarendon se puso al frente del virreinato. Cuando el nuevo lord Lugarteniente se disponía á salir de Londres para Dublín, el General fué llamado de Dublín á Londres. Dick Talbot era muy conocido en todo el camino que tenía ahora que recorrer, pues entre Chester y la capital no había una sola posada donde no hubiera celebrado alguna orgía. Donde quiera que llegaba exigía caballos á despecho de la ley, cubría de injurias á los cocineros y posti-

lones, llegando casi á suscitar tumultos por sus insolentes fanfarronadas. La reforma, decía él al pueblo, lo había echado todo á perder, pero ya se acercaban mejores tiempos; los católicos volverían pronto al poder, y entonces los herejes pagarían todas las que habían hecho. Insultando y blasfemando continuamente como un endemoniado, llegó á la corte (1), donde lo primero que hizo fué aliarse estrechamente con Castelmaine, Dover y Albeville. Los cuales, á una voz, clamaban guerra contra la constitución de la Iglesia y el Estado, diciendo á su amo que á su religión y á la dignidad de su corona debía el oponer firme resistencia á las reclamaciones de los heréticos demagogos, haciendo ver al Parlamento, desde el principio, que á pesar de la oposición, él era el amo, y que el único efecto de la oposición sería convertirle en amo más cruel.

XXVII.

POLÍTICA DE LOS EMBAJADORES Y MINISTROS EXTRANJEROS.

Contaban, cada uno de los dos partidos en que estaba dividida la Corte, con celosos aliados entre los extranjeros. Los Ministros de España, del Imperio y de los Estados Generales mostraban ahora igual deseo de sostener á Rochester, que el que antes habían

(1) *Mémoires de Grammont; Vida de Eduardo, Conde de Clarendon; Correspondencia de Enrique, Conde de Clarendon, passim, y particularmente la carta fechada á 29 de diciembre, 1685; Manuscrito de Sheridan en los Papeles de los Estuardos; Ellis, Correspondencia, 12 de enero, 1686.*

mostrado en defensa de Halifax. Toda la influencia de Barillon se empleaba en sentido contrario, y á Barillon ayudaba otro agente francés, que si bien le era inferior en rango, le era muy superior en talento, Bonrepaux. No carecía Barillon de capacidad, y poseía en alto grado las gracias y modales que entonces distinguían á la nobleza francesa; pero su capacidad no llegaba á lo que su importante puesto requería. Habíase hecho algo perezoso y comodón; gustaba de los placeres de la sociedad y de la mesa, con preferencia á los negocios; y en las grandes ocasiones prefería aguardar avisos y aun reprimendas de Versalles antes que desplegar mucha actividad (1). Bonrepaux había logrado salir de la oscuridad merced tan sólo á la inteligencia y habilidad que había mostrado en el departamento de Marina, y generalmente se le miraba como uno de los iniciados en el misterio de la política mercantil. A fines de 1685 fué enviado á Londres con encargo de cumplir varias comisiones especiales de gran importancia. Llevaba el encargo de establecer las bases de un tratado de comercio, de averiguar con toda certeza y referir el estado de la flota y de los arsenales ingleses, y al mismo tiempo hacer proposiciones á los hugonotes refugiados, á quienes, según se creía, de tal modo habían abatido la miseria y el destierro, que llenos de gratitud aceptarían cualquier propuesta de reconciliación. El nuevo enviado era de origen plebeyo; su estatura excesivamente pequeña; su rostro ridículamente feo, y su acento trascendía á la legua á Gascuña, su patria; pero su buen

(1) Véase su última correspondencia, *passim*; Saint Evremond, *passim*; Cartas de Madame de Sévigné de principios de 1689. Véanse también las instrucciones á Tallard después de la paz de Ryswick, en los Archivos franceses.

sentido, su aguda penetración y la viveza de su ingenio le hacían irremplazable en el puesto que iba á ocupar. A pesar de todas las desventajas de su nacimiento y figura, pronto adquirió fama de buen camarada y habilísimo diplomático; y mientras hablaba de galanteos con la Duquesa de Mazarino, y discutía cuestiones literarias con Waller y Saint Evremond, y se escribía con Lafontaine, trataba de penetrar y ahondar en el conocimiento de la política inglesa. Su habilidad en los asuntos marítimos le hacía recomendable á Jacobo, quien por espacio de muchos años había estudiado con atención lo relativo al Almirantazgo, llegando á dominar aquel ramo cuanto era posible, dadas sus facultades. Diariamente conversaban largo y tendido, con toda franqueza, del estado de los barcos y de los arsenales. Como era de esperar, consecuencia de esto fué que el agudo y perspicaz francés llegase á concebir el mayor desprecio por la inteligencia y el carácter del Rey. *El mundo*, decía él, *ha sido muy bondadoso con S. M. Británica, que tiene menos talento que Carlos, sin tener más virtudes* (1).

Los dos enviados de Luis XIV, aunque persiguiendo el mismo objeto, tomaron muy juiciosamente distintos caminos. Dividiéronse la Corte, y mientras Bonrepaux estaba constantemente con Rochester y sus amigos, las relaciones de Barillon figuraban, en general, en el partido contrario. Consecuencia de esto fué que algunas veces viesen el mismo asunto desde diferentes puntos de vista, y la mejor relación existente de la contienda que por este tiempo agitó á Whitehall se encuentra en sus despachos.

(1) Saint-Simon, *Mémoires* 1749, 1749; Saint-Evremond; La Fontaine; Bonrepaux á Seignelay, enero 28 (7 de feb.), feb. 8 (18), 1686.

XXVIII.

EL PAPA Y LA ORDEN DE JESÚS.

Así como los dos partidos en que estaba dividida la Corte de Jacobo contaban con la ayuda de príncipes extranjeros, del mismo modo tenían cada uno en su favor una utoridad eclesiástica á la que el Rey mostraba gran deferencia. El Sumo Pontífice era partidario de la moderación y de los procedimientos legales, y en tal sentido se expresaban el Nuncio y el Vicario Apostólico (1). En el lado contrario había una corporación cuya importancia llegó á igualar aun la del mismo Pontificado. La poderosa orden de Jesús.

Es circunstancia importantísima y muy digna de nota que dos grandes poderes espirituales, que un tiempo parecieron inseparablemente unidos, apareciesen en esta coyuntura uno enfrente del otro. Casi por espacio de mil años, el clero regular había sido el principal apoyo de la Santa Sede. Cierto que aquella Sede los había protegido contra las pretensiones de los Obispos, pero la protección recibida la habían pagado cumplidamente, y á no ser por sus esfuerzos, es probable que el Obispo de Roma hu-

(1) Adda, nov. 16 (26), dic. 7 (17) y 21 (31), 1635. En estos despachos presenta Adda razones de gran peso para establecer un compromiso aboliendo las leyes penales y dejando en vigor la del *Test*. Califica la contienda con el Parlamento de *gran disgrazia*. Indica repetidas veces que el Rey podría, adoptando una política constitucional, hacer mucho en favor de los católicos, al paso que su intento de protegerlos ilegalmente traería sobre ellos grandes calamidades.

biera sido tan sólo presidente honorario de una gran asistocracia de Prelados. A la ayuda de los benedictinos debió Gregorio VII el poder luchar juntamente contra los Césares de Franconia y contra el sacerdocio secular. Merced á la ayuda de los dominicos y franciscanos, logró Inocencio III destruir los sectarios albigenses. En el siglo XVI el Pontificado, expuesto á nuevos peligros, más formidables que cuantos hasta entonces le amenazaran, debió su salvación á una nueva orden religiosa animada por el más intenso entusiasmo y organizada con la más exquisita habilidad. Cuando los jesuitas acudieron á la defensa del Papado, su situación era desesperada, mas á partir de aquel momento, cambió por completo el estado de las cosas. El protestantismo, que durante toda una generación se había mostrado victorioso por do quiera, tuvo entonces que detenerse en su marcha triunfal y retirarse apresuradamente, roto y maltrecho, desde el pie de los Alpes á las orillas del Báltico. Aun no contaba cien años de existencia, y ya en todo el mundo se repetían y eran memorables los grandes hechos y los sufrimientos de la orden en defensa de la fe. Ninguna comunidad religiosa podría presentar una lista de hombres tan distinguidos en todos los ramos del saber. Ninguna se había extendido en tan vasto espacio, y, sin embargo, ninguna había tenido nunca tan perfecta unidad así de pensamiento como de acción. No había región del globo ni campo de la especulación ó de la vida activa donde no se encontrasen los jesuitas. Dirigían los consejos de los reyes, descifraban inscripciones latinas, observaban los movimientos de los satélites de Júpiter, publicaban bibliotecas enteras, libros de controversia, casuística, historia, tratados de óptica, odas alcaicas, ediciones de los Padres de la Iglesia, madrigales, cate-

cismos y sátiras. La educación liberal de la juventud pasó casi por completo á sus manos, y fué conducida por ellos con notable habilidad. Parece que habían descubierto el punto preciso á que puede llegar la cultura intelectual sin riesgo de la emancipación del entendimiento. Sus mismos enemigos tenían que confesar que en el arte de formar y manejar la inteligencia de los niños no tenían rival. En tanto, con asiduidad y buen éxito cultivaban la elocuencia del púlpito, y aun con más asiduidad y mejor éxito se dedicaban al confesonario, y en toda la Europa católica eran dueños de los secretos de casi todos los Gobiernos y de casi todas las familias de cuenta. Deslizábanse de un país protestante á otro á favor de innumerables disfraces, ya vestidos de alegres caballeros, ya de simples rústicos, ya de predicadores puritanos. Vagaban por países que ni la mercantil avidez, ni la liberal curiosidad había hecho explorar á ningún extraño. Encontrábaseles bajo el traje de mandarines dirigiendo el Observatorio de Pekín; hallábaseles azada en mano enseñando los rudimentos de la agricultura á los salvajes del Paraguay. Y sin embargo, cualquiera que fuese su residencia ó su empleo, su espíritu era el mismo: entera devoción á la causa común; implícita obediencia á la autoridad central. Ninguno de ellos había elegido el lugar de su residencia ni la ocupación á que se dedicaba. Que el jesuita viviese en el Círculo Ártico ó en el Ecuador, que hubiera de pasar su vida arreglando joyas y coleccionando manuscritos en el Vaticano, ó persuadiendo á los desnudos bárbaros del hemisferio austral á que no se comiesen los unos á los otros, eran materias que con profunda sumisión dejaba decidir á sus jefes. Si su presencia era necesaria en Lima, en la primera flota se embarcaba y cruzaba el Atlántico; si se le

necesitaba en Bagdad, con la primera caravana salía á compartir las penalidades del desierto. Si era necesario su ministerio en algún país donde su vida estuviese más insegura que la de un lobo, donde fuese un crimen albergarle, donde las cabezas y miembros de sus hermanos, expuestos en las plazas públicas, le hiciesen ver la suerte que le esperaba, salía sin vacilar ni hacer la más leve objeción á su destino. Ni hoy se ha extinguido este heroico espíritu: cuando en nuestros días una nueva y terrible pestilencia se extendía por el globo, cuando en algunas grandes ciudades el temor había roto cuantos lazos unen y mantienen la sociedad, cuando el clero secular había abandonado á sus feligreses, cuando el oro no servía para comprar los socorros de la medicina, cuando las más fuertes afecciones naturales habían cedido ante el amor á la vida, aun entonces se encontraba al jesuita al lado del moribundo que obispos y curas, médicos y enfermeros, padre y madre habían abandonado, inclinándose á recoger de infectos labios los débiles acentos de la confesión, teniendo constantemente hasta lo último, ante los ojos del penitente espirante, la imagen del moribundo Redentor.

Pero á la admirable energía, desinterés y devoción que caracterizaban á la Sociedad, iban mezclados grandes vicios. Alegábase, y no sin fundamento, que el ardiente espíritu público que hacía á los jesuitas mirar con indiferencia la propia comodidad, la libertad y aun la vida, les hacía también mirar con igual indiferencia la verdad y la clemencia; que nada de cuanto pudiera contribuir al beneficio de su religión les parecía ilegal, y que con demasiada frecuencia entendían por interés de su religión el interés de su orden. Alegábase que en las más atroces conjuraciones consignadas en la historia, se descubría muy

á las claras su intervención, y que constantes únicamente en su adhesión á la fraternidad de que formaban parte, eran en algunos países los más peligrosos enemigos de la libertad, y en otros los enemigos más terribles del orden. Las grandes victorias que se alababan de haber conseguido en defensa de la Iglesia, eran, en opinión de miembros muy ilustres de aquella misma Iglesia, más aparentes que reales. Cierto que habían trabajado con maravillosa fortuna por reducir el mundo á las leyes de la Iglesia católica; pero esto lo habían logrado haciendo que las leyes de la Iglesia se adaptasen al estado de la sociedad. En vez de trabajar por que la naturaleza humana se elevase hasta el noble modelo fijado por el divino precepto y el divino ejemplo, habían hecho descender aquel modelo hasta ponerlo aun por bajo del común nivel de la humana naturaleza. Citaban con orgullo las multitudes que en remotos países del Oriente habían recibido el bautismo; pero se refería que habían ocultado astutamente á algunos de los convertidos los principios en que se basa toda la teología del Evangelio, y que á otros se les permitía evitar la persecución, inclinándose ante las imágenes de falsos dioses, mientras interiormente repetían Padre-nuestros y Ave-Marías. Y no era sólo en países idólatras donde, á lo que se decía, practicaban tales artes. No era extraño que gentes de todos rangos, y especialmente de los más elevados, se agrupasen en torno de los confesonarios en los templos jesuitas, pues era sabido que de aquellos confesonarios nadie salía descontento. Allí el sacerdote sabía adaptarse al carácter y estado de ánimo de todos los fieles. Mostrábase riguroso lo suficiente nada más para que ninguno de cuantos se arrodillaban en su tribunal espiritual, volviese al templo de los dominicos ó de los

franciscanos. Si tenía que habérselas con un devoto de corazón, le hablaba en aquel tono de santidad propio de los antiguos Padres de la Iglesia; pero con la gran mayoría de las gentes que tienen sólo religión bastante para inquietarse cuando obran mal, si bien no la suficiente para no hacerlo, adoptaban sistema muy diferente. Desde el momento que no podían librarles de la culpa, trataban de evitarles el remordimiento. Contaban para ello con buena provisión de anodinos para calmar las conciencias laceradas. En los libros de casuística escritos por sus hermanos é impresos con aprobación de sus superiores, debían encontrarse doctrinas consolatorias para toda clase de pecadores. Allí se enseñaba cómo el comerciante quebrado podía, sin pecar, ocultar sus bienes á sus acreedores. Cómo podía sin pecado huir el sirviente llevándose la vajilla de su amo. Asegurábase al tercero que un cristiano puede inocentemente ganarse la vida llevando cartas y mensajes entre mujeres casadas y sus amantes. Complaciáse á los altivos y quisquillosos caballeros franceses por medio de una decisión en favor del duelo; y los italianos, acostumbrados á más bajas y tenebrosas venganzas, oían con alegría que sin cometer ningún delito podían, ocultos tras de una mata, hacer fuego sobre sus enemigos. Dióse licencia y se justificó al engaño para quitar todo valor á los contratos y testimonios humanos; y en verdad puede decirse que si la sociedad no se disolvía, si la vida y la hacienda tenían aún algunas seguridades, era porque el sentido común y la humanidad impedían que los hombres hiciesen aquello mismo que con tranquilidad de conciencia hubieran podido hacer según la orden de Jesús. Por tan extraño modo se mezclaban el bien y el mal en el carácter de los celebrados hermanos, mezcla que preci-

samente era el secreto de su gigantesco poder. Aquel poder no hubiera podido nunca pertenecer á meros hipócritas ni á rígidos moralistas; sólo podía alcanzarse por hombres sinceramente entusiastas en la persecución de un gran fin, y al mismo tiempo libres de todo escrúpulo en la elección de los medios.

Desde los principios de su Orden los jesuitas habían estado especialmente unidos y subordinados al Papa. Era su misión no sólo rechazar la hostilidad de los enemigos declarados de la Iglesia, sino también apaciguar las disensiones que pudieran originarse en su seno. Su doctrina era en grado eminente lo que entre nosotros se ha llamado ultramontana, y difería de la doctrina de Bossuet casi tanto como de la de Lutero. Condenaban las libertades galicanas, la idea de los concilios ecuménicos para examinar los actos de la Santa Sede, y la pretensión de los Obispos á una comisión independiente recibida del cielo. Lainez, en nombre de toda la fraternidad, proclamaba en Trento, en medio de los aplausos de los amigos de Pío IV, y á pesar de los murmullos de los Prelados franceses y españoles, que el gobierno de los fieles fuera encomendado por Cristo al Papa tan sólo, que sólo en el Papa residía toda autoridad sacerdotal, y que los Obispos y sacerdotes debían al Papa solamente cualquiera autoridad divina que poseyesen (1). Por espacio de muchos años la unión entre los Pontífices y la Orden de Jesús había permanecido inquebrantable, y á continuar aquella unión todavía cuando Jacobo II subió al trono de Inglaterra, la influencia de los jesuitas, así como la del Papa, se hubieran empleado en favor de una política constitucional y moderada, siendo, por tanto, probable que la gran revolución,

(1) Fra Paolo, lib. vii; Pallavicino, lib. xviii, cap. xv.

que en poco tiempo cambió completamente el estado de Europa, no se hubiera llevado nunca á efecto. Pero ya antes de la mitad del siglo xvii la Sociedad, orgullosa de sus servicios y confiada en sus fuerzas, habíase mostrado impaciente bajo el antiguo yugo. Salió entonces una generación de jesuitas que prefirió buscar guía y protección en la corte de Francia á humillarse ante la Santa Sede, y la situación se hizo aún más tirante cuando Inocencio XI subió al trono Pontificio.

Hallábanse por aquel tiempo los jesuitas empeñados en guerra á muerte contra un enemigo á quien, si al principio habían desdenado, habían tenido al fin que mirar con respeto y temor. Precisamente en la época de apogeo de su prosperidad viéronse retados por un puñado de contrarios que, si bien es cierto carecían de influencia con los poderosos de la tierra, eran fuertes en fe religiosa y energía intelectual. Siguióse entonces una larga, extraña y gloriosa lucha del genio contra el poder. Los jesuitas llamaron en su ayuda á gabinetes, tribunales y universidades, y todos respondieron al llamamiento. Port Royal apeló, y no en vano, á los corazones y conciencias de millones de personas. Los dictadores de la cristiandad se encontraron repentinamente en el banco de los acusados. Imputábaseles el haber rebajado sistemáticamente el modelo de la moral evangélica á fin de acrecentar la propia influencia: y la acusación era sustentada de tal manera, que en seguida logró atraerse la atención del mundo entero, y es que el principal acusador era Blas Pascal. Eran tales las prendas de su inteligencia como muy rara vez se conceden á los hijos de los hombres, y la vehemencia del celo que le animaba bien se demuestra con las crueles penalidades y vigiliias que llevaron prematuramente á

la tumba su cuerpo lacerado. Alentaba en él el espíritu de San Bernardo; pero la delicadeza de su ingenio, la pureza, la energía, la sencillez de su dicción, no fueron nunca igualadas, á no ser por los grandes maestros de la elocuencia ateniense. Toda Europa leía y se admiraba, reía y lloraba. Los jesuitas intentaron replicar, pero sus débiles respuestas fueron recibidas en medio de las burionas aclamaciones del público. Cierto que no les faltaba talento ni ninguna de aquellas facultades que pueden crecer y desarrollarse en la sujeción de severa disciplina; pero tales trabas, aunque pueden contribuir al desarrollo de facultades ordinarias, tienden á sofocar más bien que á dar impulso al genio original. Reconocióse esto universalmente en la contienda literaria, donde los jansenistas quedaron completamente victoriosos. Los jesuitas hubieron de contentarse con oprimir la secta, cuyos argumentos no podían refutar. Era á la sazón su principal ayuda Luis XIV, cuya conciencia, desde la niñez, había estado bajo su custodia, y que de ellos había aprendido á aborrecer el jansenismo tanto como el protestantismo y mucho más que el ateísmo. Por otra parte, Inocencio XI se inclinaba á la doctrina jansenista, siendo consecuencia de esto que la Orden se hallase en situación nunca imaginada por su fundador. Los jesuitas fueron expulsados de la presencia del Sumo Pontífice y se aliaron estrechamente con un príncipe que se proclamaba campeón de las libertades galicanas y enemigo de las pretensiones de los ultramontanos. De este modo llegó á ser la Orden en Inglaterra instrumento de los designios de Luis XIV y trabajó, con éxito que durante mucho tiempo deploraron amargamente los católicos, por exacerbar la contienda entre el Rey y el Parlamento, por oponerse al Nuncio, por minar el poder del lord

Tesorero y favorecer los más desatentados planes de Tyrconnel.

Estaban, pues, de una parte los Hydes y todos los anglicanos toríes, Powis y los más respetables nobles y caballeros correligionarios del Rey, los Estados Generales, la Casa de Austria y el Papa. De la otra, había algunos católicos aventureros de quebrantada fortuna y mala reputación, detrás de los cuales estaban Francia y los jesuitas.

XXIX.

EL PADRE PETRE. — CARÁCTER Y OPINIONES DEL REY.

El principal representante de los jesuitas en Whitchal era un inglés hermano de la Orden, que por algún tiempo había sido viceprovincial, y á quien Jacobo había mirado siempre con especial favor, haciéndole últimamente secretario de cámara. Llamábase el jesuita Eduardo Petre, y descendía de noble familia. Sus modales eran cortesanos, fácil y siempre dulce su palabra, pero era débil y vano, avaro y ambicioso. De todos los malos consejeros á quienes prestaba oídos el Monarca, á él corresponde, tal vez, la mayor parte en la ruina de los Estuardos.

El obstinado é imperioso carácter del Rey presentaba grandes ventajas á cuantos le aconsejaban mantenerse firme, no ceder en un ápice y hacerse temer. Una máxima de gobierno se había posesionado de su corta inteligencia, de tal modo, que no habría razón bastante poderosa á hacérsela abandonar. Ciertamente no acostumbraba á atender á la razón. Su manera de argüir, si así puede llamarse, suele ser común en

tre aquellas personas estúpidas y cerradas de entendimiento, que generalmente se encuentran rodeadas de inferiores. Establecía una proposición, y siempre que alguno más discreto se aventuraba respetuosamente á hacerle ver que era errónea, la repetía de nuevo exactamente en los mismos términos, creyendo que al hacerlo así había deshecho, sin más, toda objeción (1). «*No haré concesiones, repetía con frecuencia; mi padre las hizo y le cortaron la cabeza*» (2). Si fuera cierto que las concesiones habían sido fatales á Carlos I, á ningún hombre discreto se hubiera ocultado que no basta un solo experimento para establecer una regla general, aun en ciencias mucho menos complicadas que la del gobierno; que desde el principio del mundo no se han hecho dos experimentos políticos en condiciones exactamente iguales, y que la única manera de deducir prácticas enseñanzas de la historia es examinar y comparar gran número de casos. Pero si el solo ejemplo en que el Rey se fundaba podía probar algo, era que estaba en error. Apenas puede dudarse que si Carlos hubiera hecho con toda franqueza al Parlamento breve, convocado en la primavera de 1640, la mitad de las concesiones que algunos meses después hizo al Parlamento largo, hubiera vivido y muerto como rey poderoso. Por otra parte, nadie pondrá en duda que si se hubiera negado á hacer concesiones de cualquier género al Parlamento largo y hubiera acudido á las armas en defensa del impuesto marítimo y de

(1) Esta era también la costumbre de su hija Ana; y Marlborough decía que la había heredado de su padre.—*Vindicación de la Duquesa de Marlborough*.

(2) Hasta la época del proceso de los Obispos, Jacobo incesantemente repetía á Adda que todas las calamidades de Carlos I fueran motivadas *per la troppa indulgenza*.—*Despacho de 29 de junio (9 de julio) de 1848*.